

Nuestros Caribes

José E. Santos

Hace ya muchos años, en un salón de clases universitario, tuve el privilegio de escuchar a Antonio Benítez Rojo dar orden y sentido a varias inquietudes que siempre tuve durante mi formación como persona cuando dijo “Es que se puede ser caribeño sin ser caribeño”. La sentencia formaba parte de la discusión de los parámetros conceptuales que don Antonio usaría durante el curso. De alguna manera recesaron en mí muchas pugnas, que ante las palabras paradójicamente maravillosas de Benítez se desinflaban y cambiaban de matiz. Otra oración que se me quedó incrustada en el entendimiento desde aquel día fue “Pero siempre cuando se vaya a comentar el asunto que sea uno tiene que tener clara la diferencia entre ser “observador” y ser “participante”. Nociones como esas me hicieron esperar con fervor el retorno semanal del curso que él dictaba, curso en el que aprendí a sentirme distendido, a ser yo mismo sin ser yo mismo. El lector supone bien que se discutía lo caribeño y sus posibles interpretaciones enfrentadas. El resultado afianzó mi vocación individualista, puesto que el observador que llevo dentro suele aconsejar o dar sentido y orden al “participante” que le acompaña.

En el 2019, en una de mis visitas a la Ciudad de Panamá, fui

como espectador a la Serie del Caribe de béisbol. Pude ver unos cuantos partidos durante un fin de semana, aprovechando el hecho de que una de mis hermanas vivía en la ciudad. Una vez llegado al aeropuerto, decidí ir de una vez al Estadio Rod Carew a ver uno de los partidos junto a mi cuñado. Como era de esperarse, se sentía en el parque una combinación de orden, caos y celebración estridente. Esto resucitó al adolescente que a veces sobrevive en mí. Vítores, insultos, risas, conversaciones espontáneas. Reinaba la algarabía, la admiración a la gesta deportiva, y ese sentimiento particular, falso o genuino (o ambos) de la hispanoamericanidad caribeña.

Se recesa y se explora entonces el panorama de una capital que es sumamente parecida a la propia, pero que a su vez resalta las diferencias que adjudican para siempre la imposibilidad de un mítico “nosotros”. Mientras caminaba por el “Casco Viejo”, San Felipe, era innegable la sensación de “déjà vu”, ese “me parece haber caminado por aquí antes”, puesto que es reminiscente del Viejo San Juan. Los negocios, los monumentos a lo largo del trayecto, uno que otro museo, los edificios administrativos y las fachadas de las residencias. Y se escucha la música niveladora en las calles, la salsa y demás ritmos variados con los que se ha crecido en nuestros barrios y pueblos. De súbito, al doblar la esquina, la inmediata presencia de unos indios kuna en su mercado artesanal me asegura y recuerda que ese uni-

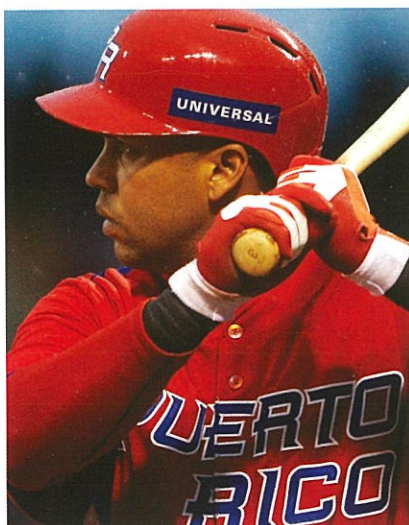
verso no es el mío. Se está en casa y no se está en casa. Pasa la mañana ajetreada, la tarde somnolienta, y anochece el casco para dar paso a las luces del tráfico de un fin de semana.

Al restaurarse la noche, mi cita con el béisbol regresa. Tocó esta vez ver el partido entre Venezuela y México. A un lado el espectáculo deportivo. Al otro la coincidencia de todos los presentes con el drama de la nueva cotidianidad política venezolana. Y mientras observaba el partido, era imposible hacer caso omiso a las conversaciones hermosas entre venezolanos, amén de presenciar la protesta pública que se llevó a cabo en varias ocasiones en distintas partes del estadio. Dice Benítez Rojo que el Caribe “no es un mundo apocalíptico” (*La isla que se repite*, 1989). La sentencia la exploro a partir de lo experimentado. Jamás diré que fue utópico, pero ciertamente escuchar aquellas conversaciones en que los venezolanos de ambos lados del espectro político (o de ambos modos de reaccionar ante lo vivido, para ser más justo), con calma y mesura comentaban su presente estado y aventuraban con responsabilidad las posibles consecuencias de lo que pasaba en su país, fue revelador y hermoso. Con la claridad de haberlo escuchado ayer, recuerdo como una dama, que presumo oficialista (y que andaba con su hija, una adolescente), discutía con un adulto joven, opositor, acaso emigrado, que estaba sentado en su misma fila. Con la mayor buena disposición le explicaba al joven

caballero que había traído a Panamá a su hija porque “mi hija solo ha conocido el chavismo y yo no sé lo que pasará y quiero que ella vea y conozca un poco este mundo”. El joven la escuchaba con atención y respeto, desarmada su aprehensión inicial al reconocer el sentido común en aquellas palabras. Ambos deseaban que Venezuela ganara el partido de béisbol. Ambos deseaban que no hubiera un apocalipsis.

Ese fin de semana me hizo pensar en muchas cosas. Corroborar ese universo lleno de parecidos y fértil en diferencias me llevó a ponderar nuevamente la historia insular, la historia insular dentro del marco del Caribe, la historia del Caribe a la luz del recuerdo de lo aprendido a lo largo de los años, lo preciso y lo impreciso, mi historia personal dentro de todas esas historias. El lector debe sobreentender que tanto el coloniaje insular, como las revoluciones políticas, como el ciclo de dictadores cubanos, dominicanos, panameños y de otros pueblos de la cuenca caribeña (nuestros caribes caníbales) rebullían y resaltaban entre tantas ideas barajadas a lo largo de mil aprendizajes: Memmi, Benítez Rojo, José Luis González... El horror presente en la movida de las barajas es la contundente omnipresencia de dos elementos: la traición subyacente de la interacción cultural continua, y la absoluta vigilancia del *Novus Ordo Seclorum*.

Nos ha tocado esa correlación incesante que matiza y reordena la sintaxis de la realidad que nos ha definido. Se vive en una continua negociación porque cada extremo implica el desequilibrio delirante. Y parecería entonces que las claves de ese equilibrio están en la propuesta cultural. Siento ese entusiasmo cuando Benítez



Rojo propone que el Caribe goza de una cultura acuática: “Una cultura sinuosa donde el tiempo se despliega irregularmente y se resiste a ser capturado por el ciclo del reloj o del calendario...”. Recalca el valor de la diversidad, de los anacronismos cotidianos, del intercambio que modifica y acerca las ciudades portuarias y la inyección que estas últimas hacen a la identidad general de cada país. Por eso nos resulta bello leer frases como “continuo fluir de paradojas” para definir ese macro diseño del Caribe. Es decir, que hasta se puede ser caribeño sin ser caribeño.

Pero la cultura no es la finalidad en última instancia. La misma “sinuosidad” que celebramos, entraña y muestra su papel de vestimenta y no de cuerpo. La carcajada le pertenece al poder, a quienes lo tienen, a quienes lo negocian, a quienes (siempre de manera asimétrica) lo comparten. Quienes hayan vivido el desafío cubano son conscientes de esa “sinuosa” traición del tiempo, el vaivén que desarticula. Quienes vivimos la eternidad colonial puertorriqueña escondemos tras la esperanza el obvio desmembramiento dirigido y bien mercadeado desde los pasillos omniscientes. Mi horror

es pensar que la pesadilla padecida sea el tiempo mismo que vivo, que ese “cuarto piso” que intuía José Luis González se haya ido materializando en una versión atroz y eugenésica, un genocidio sutil, casi voluntario, casi benigno, escondido en todas las revelaciones. Porque quien tiene el poder define y ejercita. Lo vemos en los laboratorios de quienes viven y rigen el Caribe fuera de los extremos. Negocios del poder: un bocado, un entremés, una bandeja. Un “creerme que es mío” aunque “sé que no lo es”.

La última vez que vi a Benítez Rojo fue frente a la John Carter Brown Library en Providence. Recesaba de una investigación que hacía en la biblioteca y me reconoció cuando caminaba yo frente al edificio. Me detuve y hablamos un rato. Todo estaba entendido. Sus lecciones y sus confesiones, que enriquecieron aquel curso un año antes de este encuentro, ya estaban asimiladas. No se llueve sobre mojado. Hablamos de tabaco, del café, de distintas partes del mundo, del tema de mi tesis, del tema de su investigación, de un automóvil que él había comprado recientemente y que había accidentado, y hablamos de béisbol.

La última vez que asistí a un partido de béisbol fue en la Serie del Caribe de 2020. Jugaban México y Puerto Rico. La ineptitud en la toma de decisiones estratégicas en las oportunidades ofensivas por parte del dirigente de Puerto Rico, llevaron casi a la rebelión a muchos de los aficionados que estaban sentados cerca de mí en el estadio. Era cierto. Ya avanzado el partido, y ante la repetición de los mismos errores, dije en voz alta en un momento “Merecemos perder el juego”. Fue como recordar a Benítez Rojo. El observador vence siempre al participante.